

HOMENAJE AL ILMO. SR. DR. D. JULIÁN GARCÍA GARCÍA, ACADÉMICO NUMERARIO. *LAUDATIO*

Antonio Cruz Casado
Académico Numerario



El director de la Real Academia de Córdoba, D. José Cosano Moyano (a la izquierda) junto al homenajeado, el académico numerario D. Julián García García.

O*mnia secundum litem fiunt*, dice el filósofo griego Heráclito, un pensamiento que Fernando de Rojas, el autor de *La Celestina*, traduce como “todas las cosas se hacen a manera de contienda o batalla”. Mucho tiempo después, ya casi en nuestros días, Miguel de Unamuno vuelve a decir casi lo mismo con otras palabras: “La vida del hombre sobre la tierra es combate, y combate, primero, y ante todo, consigo mismo”(OC, IX). Rojas ejemplifica luego este aforismo clásico aplicándolo al transcurso de la vida del hombre y así señala “que aun la misma vida de los hombres, si bien lo miramos, desde la primera edad hasta que blanquean las canas, es batalla. Los niños con los juegos, los mozos con las le-

tras, los mancebos con los deleites, los viejos con mil especies de enfermedades pelean”.

Hay por lo tanto estadios o etapas en nuestras vidas (la niñez, la juventud, la vejez, por ejemplo), en todas las vidas, que queremos aplicar a nuestro homenajeado, muy estimado amigo y compañero de tareas académicas don Julián García García.

Las batallas, o más bien preocupaciones, del niño nacido en un lugar de Jaén, como otro hidalgo quijotesco, fueron las propias de esa edad pero agravadas, *horrescore fêrens*, me estremezco al contarlo, como diría Eneas en el gran poema latino, con los sucesos de la desgraciada guerra civil española, la más incivil de todas las guerras, la que tuvo lugar desde 1936 en adelante.

Recordemos sus propias palabras, tal como se incluyen en el discurso de agradecimiento al ser nombrado Hijo adoptivo de Cabra, cuyo título recibió el día 15 de marzo de 2015, en el teatro El Jardinito, de manos del Sr. Alcalde de la ciudad:

Vine a nacer —señala— el 3 de noviembre de 1930 en un cortijo ya desaparecido, con una gran encina en la puerta y rodeado de olivares de la aldea de El Sabariego, perteneciente al municipio giennense de Alcaudete. Allí pasé los seis primeros años de mi vida jugando con la tierra, familiarizándome con los animales y con el entorno, bañándome en el río San Juan y conociendo las faenas del campo. Íbamos andando todos los días a una escuela rural en la aldea vecina de El Escarchalejo donde Don Manuel, maestro nacional de Porcuna, nos daba clase a un montón de chiquillos y chiquillas. Yo iba con mi hermano Miguel, por cierto el mejor de la clase, y mi hermana [la que sería luego] Sor Antonia.

De esta feliz etapa —continúa diciendo nuestro homenajeado— aún conservo mi amor a la naturaleza y mi afición a los pájaros, pasión que he conseguido transmitir con evidente éxito a todos mis hijos.

Sabemos que entre los primeros perfumes que acunaron su infancia campesina está el de la amarilla gayumba, o gayomba, como él dice, un aroma delicado que ahora persigue perpetuar en alguna de sus casas de campo. También sabemos que no queda nada del primitivo Cortijo de los García, *sic transit gloria mundi*, y que una pala excavadora se encargó de enterrar, en una gran zanja abierta al respecto, los restos de aquella primitiva y familiar edificación.

Lo que quizá no haya visto Julián es que la prensa de aquella fecha, lunes, 3 de noviembre, recién pasados los días de santos y difuntos, nos presentaba un mundo un tanto revuelto, como casi siempre, teniendo en cuenta, además, que cronológicamente estamos a unos cinco meses del final del reinado de Alfonso XIII y de la proclamación de la segunda república española (14 de abril de 1931, como sabemos). Sin embargo, ni la prensa madrileña ni la local cordobesa inciden en profundidad en estas cuestiones que serán fundamentales para el desarrollo de la historia de todos los españoles.

El Heraldo de Madrid, de fecha 3 de noviembre, por ejemplo, trataba de cuestiones militares, como la aviación y la artillería, de la dimisión del director general

de Marruecos y Colonias, don Diego de Saavedra, de la huelga de los estudiantes en Granada, de la carestía en lo que se refiere a los productos básicos, “la vida es poco menos que imposible”, se dice en un texto. En la página 11, de las 16 que tiene el ejemplar, se da entrada a los problemas sociales de los hombres del campo: “Los obreros del campo del pueblo de Algodonales [Cádiz], sin trabajo”; ha habido un motín, la Guardia Civil ha sido apedreada, hay una mujer muerta y varios heridos. En los teatros de la capital hay gran actividad; se está representando en algunos de ellos *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, como corresponde tradicionalmente a la festividad de los fieles difuntos, así se hace en el Español, por la compañía de Margarita Xirgu, y en el Calderón, por la de Enrique Borrás; la misma obra se pone en el Eslava y en el Fuencarral por el correspondiente cuadro artístico de estos establecimientos (hay en total siete Tenorios, como indica un comentario). Los deportes, los toros y la lotería tienen también su lugar en *El Herald*.

El *ABC* de Madrid, del día 4, dedica su portada a la visita de los príncipes Takamatsu, hermanos del emperador del Japón, y en el interior de sus 64 páginas se habla del centenario del poeta francés Lamartine (tres páginas que firma en París el gran periodista Manuel Bueno), del avión gigante G-38 que, desde Barcelona, pretende volar a Madrid, vuelo frustrado, del confusionismo político, del nuevo censo que el gobierno ha actualizado con vistas a las elecciones próximas, en el que figuran 5.437.946 electores, etc. Hay un gran anuncio de una página, de un producto que todavía consumimos, y que dice así: “Beba ‘Coca-Cola’ muy fría y en pocos minutos se sentirá Vd. fresco y descansado”, con fotos de algunos deportistas que elogian la conocida bebida.

En nuestra ciudad, *El Defensor de Córdoba*, subtítulo “Diario Católico de Noticias”, del lunes 3 de noviembre del año indicado, se ocupaba de la cuestación popular para las obras de consolidación del Pilar de Zaragoza, del paso por Córdoba de Rafael Sánchez Guerra, hijo del Presidente del Consejo de Ministros, del Racing Club de Córdoba, que había ganado a las Minas de la Reunión, por 2 a 0, y de diversos actos sociales y religiosos así como de la lotería. Alguna noticia dejaba ver el malestar y los problemas existentes en varios lugares de Andalucía, como un suelto o breve titulado “Víctima”, en el que se decía: “En Algodonales [Cádiz] se ha celebrado el entierro de la mujer que falleció durante los sucesos del motín del sábado, cuando las mujeres y obreros agrícolas intentaron asaltar el Ayuntamiento. La guardia civil patrulla por las calles”. En la misma línea, se nos habla de las huelgas en Barcelona; en estos días hacen huelga los fumistas [los obreros relacionados con el humo, es decir, con la limpieza de chimeneas y arreglo de cocinas] y casi todos los peones de albañilería.

Por lo que respecta al *Boletín* de nuestra academia, en el número 29, correspondiente a los meses octubre-diciembre de 1930 (había entonces cuatro volúmenes al año, de unas cien páginas cada uno), insertaba estudios de Antonio de la Torre y del Cerro, sobre las obras en la catedral de Córdoba, llevadas a cabo en los siglos XVI y XVII; de Antonio Carbonell Trillo-Figueroa, acerca de un idolillo ibérico de barro cocido localizado en Córdoba; de Gabriel Delgado Gallego, que nos ofrecía una

serie de documentos referidos a don Sebastián de Belalcázar, procedentes del archivo general de Indias, colaboración ya iniciada en números anteriores, y de José Manuel Camacho Padilla, que se ocupaba de una excursión a Villavieja, lugar cerca de Estepona, desde el punto de vista geológico bastante parecido al Torcal de Antequera, con un recuerdo final a Góngora, estudios serios todos ellos que suponían aportaciones científicas en el mundo cultural cordobés de entonces, bastante decaído al respecto.

La directiva de nuestra institución estaba formada en ese momento (elegida el 17 de diciembre de 1930) por don José Amo Serrano, Director; don José Priego López, Censor, don José Manuel Camacho Padilla, Depositario, y don Rafael Gálvez Villatoro, Bibliotecario.

Todo esto que venimos apuntando son reflejos sueltos del mundo al que llegaba el recién nacido en la aldea de El Sabariego, en Alcaudete.

Señalemos, al hilo de estos primeros años de nuestro compañero, algún suceso de su infancia, como ejemplo de esas batallas de los niños con los juegos, que recordaba Fernando de Rojas, como hemos indicado antes, y nada mejor que dejar la palabra al propio personaje, un niño de la guerra civil:

En 1937 —escribe— iba yo jugando echando a rodar mi aro cuando, al asomar por la calle Botica de Cañete, una piedra me tiró al suelo: dos soldados jugaban a tirarse piedras y yo paré una con la cabeza. Esa es la cicatriz que conservo en la frente. En total, el cráneo partido, dos meses entre la vida y la muerte con una bolsa de hielo en la cabeza ingresado en el Hospital de Agudos de Córdoba, actual Facultad de Filosofía y Letras, entre imágenes tremendas de bombardeos y la llegada de camiones llenos de soldados heridos que se grabaron para siempre en mi retina a la edad de siete añitos.

Y la guerra civil afectó profundamente a la familia, durante varios años y siempre en busca de trabajo por parte del padre, se trasladan de un lugar a otro, a Priego, a Porcuna, a Cañete de las Torres...

Encontramos más datos sobre la familia y la infancia, durante los años transcurridos en Cañete, en el texto de una comunicación que expuso en la reunión de cronistas celebrado en este lugar, en 2005, cuyas actas se editaron algo después, en 2007. Allí escribe:

A mis padres les habían dicho —estamos en el año 1936— en Porcuna que en Cañete había trabajo en el campo, que todo estaba por segar en un pueblo eminentemente cerealista: trigos, cebadas, garbanzos, etc., estaban aún sin cosechar; allí nos fuimos, lo que le permitió a mi padre tener trabajo permanente todo el verano, trabajo que luego se unió ya en el otoño a las tareas de siembra, recolección de la aceituna, tala de los olivos, etc., tareas todas bien conocidas y practicadas por mi padre toda la vida. Mi madre a su vez hacía camisas y cosía con maestría, al tiempo que criaba un buen corral de gallinas [...], con lo que en

aquellos años de carestía no nos faltaron a mis dos hermanos y a mí los alimentos básicos necesarios.

Y el mundo se abre maravilloso para el niño en un lugar más bien tranquilo y agreste, rodeado por la naturaleza y los animales, la vida sana y luminosa del campo:

Mis recuerdos de Cañete son de lo más agradable —escribe—. Como el pueblo era pequeño estábamos en todas partes; en el verano a veces nos íbamos a bañar al arroyo que discurría de Cañete hacia Bujalance, entonces no había piscinas, nos bañábamos en agua turbia y volvíamos a nuestras casas llenos de barro más que otra cosa, pero ni nos poníamos malos, malos lo éramos.

La situación parece que va normalizándose en el contexto social inmediato; estamos ya al comienzo de la década de los años 40:

En esta época —continúa diciendo— mi familia estaba ya más holgada de recursos: a mi padre le habían adjudicado un lote de diez fanegas de tierra frente al cortijo del “Fiscal”. Durante el verano hacíamos un chozo y nos íbamos allí todos hasta terminar la recolección; mi padre sembraba trigo, cebada, avena, centeno, garbanzos y también recuerdo que teníamos un gran melonar: los mejores melones y sandías que yo he comido en mi vida, muy dulces por ser de secano. Dormíamos en la era terriza hecha al efecto para trillar, actividad en la que participaban mi padre, mi madre y mi hermano especialmente.

Claro que todo este complejo vital había que conjugarlo con la adquisición de los conocimientos necesarios en la escuela, porque la formación —entendía la familia— era imprescindible para enfrentarse con el mundo. Eslabones de esa cadena educativa son una escuela rural, a unos cuatro kilómetros del cortijo familiar, en el Escarchalejo, como se ha señalado antes, a la que los hermanos se desplazaban caminando y, más tarde, el Seminario de San Pelagio en Córdoba. Así comenta él esta parte de su historia:

En la escuela de Cañete —recuerda— tuve tres maestros con los que hice el ingreso y dos cursos de bachillerato en el Instituto de las Tendillas de Córdoba. A continuación, y por mediación del cura Don Francisco Ruiz, estuve cinco años en el Seminario Conciliar de San Pelagio de Córdoba.

Tenía por entonces unos 12 años y recuerda los años de la adolescencia de manera positiva; fueron tiempos felices, sacaba buena nota en conducta, tan fundamental en estos momentos, y, hasta los 18 años estudió primero de filosofía y las materias habituales del plan de estudios, todo en latín. Los jesuitas de esta institución y sobre todo el Padre Valdés le dotaron de una buena formación clásica, como él mismo señala:

Debo agradecer a los jesuitas la completa formación intelectual y moral que se recibía allí, muy especialmente en los Estudios Clásicos. Mi estancia en el seminario supuso un cambio en mi modo de afrontar la vida. Aprendí a ser disciplinado, a estudiar con método, a prescindir

de lo superfluo y a discernir lo útil y lo provechoso de lo inútil. La regla de oro era el “vince te ipsum” (vécete a ti mismo). El ser feliz se basaba sobre todo en la tranquilidad de conciencia, en el amor al trabajo, había que dar ejemplo a los demás. Este primer contacto con las lenguas clásicas influyó decisivamente en mi vocación posterior. Con la perspectiva del tiempo pasado, creo que si no me hubiera tenido que marchar a Cañete de las Torres, seguramente hubiera sido toda mi vida un hombre del campo, labrador o bracero.

Claro que, con el paso del tiempo y la llegada de la edad viril se da cuenta de que carece de la necesaria vocación religiosa; así que abandona el Seminario, con el consiguiente disgusto familiar, especialmente de la madre que, como todas las madres de entonces, hubiera querido tener un hijo cura. Continúa, pues, sus estudios, ahora interno en Cabra:

Mis padres —señala—, con gran visión de futuro, no querían que fuera un cura arrepentido, así que salí del seminario e ingresé como alumno interno en el Instituto “Aguilar y Eslava” de Cabra. En su internado, lo primero que me llamó la atención fue la comida, después de las privaciones que habíamos pasado en San Pelagio dada la época de carestía que nos tocó vivir allí. Me faltaban cuatro cursos para acabar el bachillerato y los hice en dos años, junto al Examen de Estado en la Universidad.

Cabra ha sido el eje y el centro de su vida y lo sigue siendo. Como la mariposa en torno de la llama, que diría Petrarca, la antigua Egabro le atrajo; fue éste el lugar idóneo para estudiar, trabajar como profesor, hacer interesantes excavaciones arqueológicas, casarse, tener hijos y nietos y vivir una vida larga y relativamente tranquila, a la manera de los antiguos patriarcas bíblicos.

No vamos a insistir en su carrera profesional, docente primero y luego como inspector, aunque algunas fechas nos irán señalando su trayectoria personal. En 1958 lo encontramos como profesor interino de griego en el instituto Aguilar y Eslava; en 1962 aprueba las oposiciones de griego y en 1965 saca la cátedra de latín. Es destinado a un pueblo de Guadalajara, pero consigue una comisión de servicios, como director, en Rute, en el Colegio Libre Adoptado. Pero en 1966 vuelve definitivamente a Cabra, como catedrático de latín.

En 1983, por concurso de méritos, ocupa una plaza de inspector en Santiago de Compostela, en la lejana Galicia, pero poco después se reintegra a su cátedra en Cabra, desde donde marcha a Córdoba, en 1988, para ocupar una plaza de inspector en la Delegación Provincial de Educación. Allí le llega la jubilación en el año 1995.

Además de la ciudad y la historia de Cabra, de lo que son testigos numerosos artículos aparecidos en la prensa local y en actas de diversos congresos, junto a su tesis doctoral, *Historia de la ciudad de Cabra hasta la Baja Edad Media*, defendida en la Universidad de Sevilla, en 1975, nos parecen relevantes los estudios dedicados a Carandell y a Valera, personajes que son objeto de su atención en muchas ocasiones.

Así sucede con el importante libro *Vida y obra del geólogo y geógrafo Juan Carandell y Pericay (1893-1937)*, editado por la Diputación y la Universidad de Córdoba, en 2007, del que son autores Julián García García, Antonio López Ontiveros y José Naranjo Ramírez; se trata de un extenso y documentado volumen de casi 600 páginas. Hay además otra incursión reciente en el mismo personaje, por parte de Julián García, en el volumen colectivo *Académicos en el recuerdo*, 1, de 2017, bajo del título de “Don Juan Carandell y Pericay, su vida y su obra (1893-1937)”.

Otro personaje relacionado con Cabra, aunque nacido en Jaén, fue también estudiado hace unos años, en 2007, por don Julián; nos referimos al gran especialista en Azorín, Ángel Cruz Rueda, lo que le ha valido ser nombrado miembro del Instituto de Estudios Giennenses.

El parque Alcántara-Romero, que es prácticamente de propiedad particular de nuestro amigo, porque lo tiene al alcance de la mano, a unos tres metros, y porque allí no entra nadie más que los que él quiere, fue también objeto de un libro: *El paseo público “Alcantara-Romero”. Guía de árboles y arbustos*, de Ignacio Aguilar Aguayo, Julián García García e Inmaculada Porras del Castillo, editado en 1987. (Es posible que las apreciaciones sobre la propiedad de este hermoso paraje estén erradas, o pertenezcan a lo que hoy se llama posverdad).

Más interés tiene para nosotros, puesto que estamos en un acto que promueve la Real Academia de Córdoba, su relación con esta institución, primero como académico correspondiente (desde 1973) por Cabra, no podía ser de otro lugar, y luego como académico numerario (desde 1988), situación que goza en la actualidad. También daremos cuenta de sus aportaciones, de sus intervenciones académicas, tal como se reflejan en el *Boletín* de esta docta casa.

En el mes de mayo de 1973 es propuesto como académico correspondiente por Cabra con las firmas de don Juan Gómez Crespo, don Dionisio Ortiz Juárez y don José Valverde Madrid; su discurso de ingreso trató sobre “Cabra bajo el dominio musulmán”, y se publicó en la revista *Moaxaja*, de la Casa de la Cultura de Cabra. En abril de 1979 es propuesto como académico numerario por don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, don Juan Gómez Crespo y don Manuel Nieto Cumplido; lee su discurso de ingreso, titulado “El ‘Fatum’ en los textos latinos y en la mitología”, el día 10 de noviembre de 1988; está incluido en la sección de Bellas Letras y sustituyó en ella al lucentino don Pedro Palop Fuentes, curioso personaje de cuyas aportaciones se ocuparía luego, entre otros, don Miguel Salcedo Hierro

Contesta al discurso del nuevo académico el numerario don José María Ocaña Vergara, el cual habla de algunas de las cualidades del recién llegado en estos términos: “Múltiples son las razones por las que la Academia se felicita entrañablemente por la recepción del Profesor García. Su probidad y ejemplaridad profesional, su constante dedicación y entrega a la investigación y la proyección científica de sus numerosas publicaciones enriquecen su noble personalidad de hombre de bien”. Hace, a continuación una enumeración de los aspectos más importantes de su currículum profesional y académico. Finaliza sus palabras de presentación diciendo: “El

profundo conocimiento del latín y del griego le ha permitido al Profesor García hacer brillantes exposiciones como la que hemos tenido la suerte de escuchar sobre el misterio del ‘fatum’ y su proyección humana”.

Señalemos las publicaciones más relevantes que ha insertado en nuestro *Boletín*. En el número 74, correspondiente al año 1994, encontramos dos artículos breves, titulados “Del testamento de don Juan Valera” y “El testamento de la viuda de Valera” (todo el volumen es un buen monográfico dedicado al gran escritor egabrense; los textos de nuestro académico habían aparecido previamente en *El Egabrense*, en julio de 1975). En el volumen 114, del año 1988, se ocupa de Carandell, en el contexto de una serie de intervenciones bajo el título de “Homenaje de la Academia a don Juan Carandell y Pericay en el quincuagésimo aniversario de su muerte”, en el que participan también don Manuel Mora Mazorriaga y don Diego Jordano Barea. Del mismo año es su discurso de ingreso como numerario, ya citado.

En el número 132, del año 1997, hay dos trabajos suyos, uno de tema clásico y otra incidencia en Carandell, respectivamente titulados “La *Medea*. De Eurípides a Séneca”, con motivo de las sesiones que dedica la academia a “Séneca y la Córdoba de su tiempo”, en las que también están presentes relevantes estudiosos de nuestra institución, como don Joaquín Mellado Rodríguez y don Rafael Mir Jordano, entre otros. Respecto a Carandell, el texto se titula “Los destinatarios de las cartas de Juan Carandell” y se habla de la correspondencia del personaje, aunque nos gustaría que se hubieran insertado varios ejemplos de la misma, como la carta de declaración de amor a la bujalanceña Silveria Zurita (tampoco hemos visto estos textos, que presumimos son curiosos e interesantes, y nada ofensivos para el ilustre profesor, en el volumen de 2007, antes citado).

El número 133, también de 1997, de la segunda parte del año, dedica su Galería de Académicos, con foto incluida, al Ilmo. Sr. Dr. D. Julián García García, con una relación de sus aportaciones más relevantes hasta ese momento.

Los volúmenes 136, 137 y 152, de 1999 y 2007 respectivamente, son más aportaciones sobre Valera y sobre Carandell; estamos ante tres interesantes artículos titulados “Don Juan Valera político y diplomático” e “Influencia de los clásicos latinos en Valera”, que fue el discurso de apertura del curso 1999-2000, junto con “Vida y obra del geógrafo y geólogo Juan CarandellPericay (1893-1937). Rasgos biográficos”, trabajo adornado con interesantes fotografías, una de ellas de Silveria Zurita, con veinte años; otra del rey Alfonso XIII en Bujalance, rodeado de autoridades y de bellas señoritas ataviadas con mantones de manila, una de las cuales es Silveria, y corresponde al 15 de enero de 1926. (¡Cuántas veces, en nuestros viajes desde Lucena hasta Córdoba, pasando por Cabra, y viceversa, hemos hablado de Valera y de Carandell! Nunca habrá tenido nuestro académico y amigo un oyente más interesado que yo en estas cuestiones).

Su última publicación, por ahora, en el *Boletín*, se incluye en el número 158-159, del año 2010, y se titula “*Defensa de Eutropio*, de San Juan Crisóstomo. Contribución a su estudio”, y el mismo autor nos la resume así: “Glosa la vida de Juan

Crisóstomo, especialmente el episodio de la defensa de Eutropio. Se dan explicaciones filológicas y se invita al cultivo de la memoria, para lo que el ponente recita de memoria las primeras treinta líneas del texto griego”.Y al hilo de esta última afirmación, también estamos convencidos de que el cultivo de la memoria, en cualquier edad, es una de las cualidades que debemos fomentar, aunque ahora se le dedica tan poca atención en el ámbito de la enseñanza. Hay en este artículo recuerdos personales de Julián, referidos a su etapa del Seminario de San Pelagio.

Ha participado también en varias sesiones necrológicas dedicadas a académicos numerarios, como se considera preceptivo, y entre ellas recordamos, puesto que queda el texto correspondiente impreso, las que se dedicaron a don Juan Bernier, a don Rafael Gracia Boix y, más recientemente, a don Antonio Arjona, valiosos investigadores todos ellos en las diversas parcelas del conocimiento humano.

En el terreno de la vida personal de nuestro compañero, queremos recordar que hace más de cincuenta años, don Julián García García se casa en Cabra, con doña María Dolores Moreno López, nuestra querida amiga Loli, también profesora de Lenguas Clásicas, hasta su reciente jubilación, y el matrimonio tiene seis hijos, casi todos tocados por el dedo del arte, por la música y la danza especialmente, cuatro son profesores y profesoras de piano (y de su bien hacer tendrán ustedes varias muestras en esta reunión), una es profesora de danza y otra se dedica a negocios hoteleros. Diez nietos prolongan hasta hoy la descendencia de esta familia, grande en todos los sentidos.

Por fortuna, prácticamente toda la vida de nuestro homenajeado ha sido marcada por el sino o por el marchamo de la juventud, desde que abandonó la adolescencia, hasta prácticamente ahora mismo, o hace tres días, como mucho.

Cuando llega el arrabal de senectud, como decía Jorge Manrique, todo se torna graveza, es decir, gravedad, pesadez, en contraste con la ligereza de la juventud, y entonces las cuestiones de salud empiezan a asaltar a nuestro organismo, pero el destinatario de esta *laudatio* sabe capearlas con arte similar al del torero, pagando, claro está, el tributo necesario a la naturaleza humana. Y qué hacer ante lo inevitable, pues dedicar sus afectos, sus afanes, además de a la familia, a otras cuestiones, como el campo o los pájaros. Ya Horacio, en traducción de fray Luis de León, nos recordaba en el *Beatusille*:

Dichoso el que de pleitos alejado,
cual los de tiempo antiguo,
labra sus heredades no obligado
al logrero enemigo.

Y Julián cultiva el campo, no sus grandes posesiones, que no está ya el cuerpo para trotes, pero sí una pequeña parcela de huerto, camino de la Fuente del Río, de la que otra vez el simpár fray Luis podría decirnos aquello que escribió acerca de La Flecha:

El aire el huerto orea
 y ofrece mil olores al sentido,
 los árboles menea
 con un manso ruido
 que del oro y del cetro pone olvido.

Otros enclaves rústicos, en lugares más agrestes de las inmediaciones de Cabra, le sirven también de lenitivo y olvido de las preocupaciones habituales. Así que podríamos decir que lo encontramos *ruri*, en el campo, si recurrimos a aquel locativo latino de la tercera declinación, que él tan bien conoce.

Su edad propecta no es, como se decía en el acto IV de *La Celestina*, “mesón de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de rencillas, congoja continua, llaga incurable, mancilla de lo pasado, pena de lo presente, cuidado triste de lo por venir, vecina de la muerte, choza sin rama que se llueve por cada parte, cayado de mimbre que con poca carga se doblega”, aunque algo de esto haya también en su vida, como en la de cualquier otro hombre o mujer.

¿Y qué decir de los pájaros? La colombicultura no tiene secretos para él y ha sido aficionado a ella desde siempre, a lo largo de muchos años, y ha competido y ha ganado en diversos concursos con las palomas mensajeras, sus palomas que, desde Cabra, han volado por todos los cielos de la península, regresando luego al cálido nido. También los pájaros exóticos, como los diamantes, es decir, la *taeniopygia guttata guttata* o la *taeniopygia guttata castanotis*, si recurrimos a su nombre científico latino (consulta on line de junio de 2018), han sido y son uno de sus entretenimientos favoritos, delicioso pasatiempo como el de aquel paje de Valle-Inclán que enseñaba a los mirlos a silbar la riveriana, según se cuenta en la decadente *Sonata de Otoño*. Es experto en la reproducción y cortejo de estos exóticos pájaros, así como en la construcción del nido. Por todo esto, yo estoy seguro que nuestro amigo conoce perfectamente el lenguaje de los pájaros, de éstos y de otros, algo que sólo han conseguido algunas personas, muy pocas, como el gran rey Salomón y el mismo Julián García.

Pero como no quiero abusar más de su amabilidad y de su atención, quisiera acabar esta *laudatio*, esta alabanza, que he intentado expresar en grandes pinceladas, descubriendo ante ustedes un gran secreto de nuestro homenajeado; tendría que decirlo *flatus vocis*, en voz baja, como un comentario un poquito maldiciente que se dice al oído del compañero: don Julián va camino de convertirse en un experto en gastronomía, en un cocinero de prestigio. Sabemos que entre sus habilidades culinarias, que por ahora no son muchas en verdad, como pueden atestiguar su esposa, Loli Moreno, y otros allegados y conocidos, se encuentra la tortilla de espárragos, hecha con la diligencia y presteza que lo caracterizan. Y además suelen ser espárragos de los que él mismo ha buscado, con lo que la garantía de calidad está asegurada. Pero sospechamos que no pasa de ahí y que, por ejemplo, la tortilla de patatas es uno de los retos que le esperan y que sabrá superar como ha hecho con otros muchos a lo largo de su vida. Todo es cuestión de proponérselo, teniendo en cuenta el adagio de Heráclito con el que iniciábamos nuestra *laudatio*, *Omnia se-*

cundum litem fiunt. Claro que ante estas cosas gastronómicas, íntimas y personales, el silencio es la mejor opción.

Y como decía un gran escritor, refiriéndose a otra cosa muy distinta a la que nos reúne en esta ocasión: “contad si son catorce, y está hecho”. El que les habla, tomando un fragmento del discurso de don Quijote al salir de Barcelona, casi al final de sus aventuras, sólo se atreve a añadir: “Hice lo que pude” (II, LXVI).